



“Significación cultural del México prehispánico”

p. 177-192

Obras de Miguel León-Portilla.

Tomo II. En torno a la historia de Mesoamérica

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2004

542 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-1809-1 (volumen II, pasta dura)

ISBN 970-32-1808-3 (volumen II, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/434.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



III. SIGNIFICACIÓN CULTURAL DEL MÉXICO PREHISPÁNICO*

Muy diversos puntos de vista pueden adoptarse al inquirir sobre la significación cultural de nuestro pasado prehispánico. Cabe atender a él, por ejemplo, en cuanto constituye el sustrato más profundo del ser histórico de la moderna nación mexicana. Es obvio que nadie alcanzará una comprensión de nuestra realidad contemporánea desatendiendo los orígenes prehispánicos. Y a la vez, también es cierto que, con ocasión de este tipo de acercamientos, han aflorado a veces enconados antagonismos. Me refiero a las exaltaciones del pasado indígena hechas con el propósito anacrónico de oponerlo al otro legado, hispánico y occidental, raíz también de nuestro perfil mestizo. Y lo mismo podría decirse, a la inversa, de las expresiones, formuladas desde aristocrática torre de marfil, desdeñando las que, por ignorancia, se califican de “culturas primitivas”.

Con la evidencia del rostro mestizo, y superadas ya las antiguas fobias, se comprende, en cambio, el enfoque de quienes investigan y valoran como antecedente, y también por sí mismas, las creaciones y formas de vida del mundo prehispánico. La riqueza de los hallazgos arqueológicos, el contenido de los códices y los textos en idiomas nativos se ofrecen así como portadores de sentido y campo abierto a la indagación de un universo de cultura.

Otro modo de acercamiento —también necesario— es el que además toma en cuenta la presencia contemporánea de varios millones de indígenas descendientes de los antiguos creadores de alta cultura en México. Resulta claro que no puede intentarse estudio alguno sobre los grupos nativos ni acerca de sus relaciones de participación en la vida política, social y económica del país, haciendo caso omiso de sus antecedentes precolombinos.

* *Trayectoria de la cultura en México*, Fomento Cultural Banamex, A. C., México, junio de 1974, p. 7-19.

1. SIGNIFICACIÓN A LA LUZ DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Pero si las culturas que florecieron en el México precolombino efectivamente han sido objeto de intentos de comprensión como éstos, pensamos que cabe también preguntarse por su posible significación en un contexto todavía más amplio, libre de cualquier limitación. El punto de vista al que deseamos referirnos es precisamente el de la historia universal. Para precisar en qué sentido puede enfocarse la trayectoria cultural prehispánica en términos de la historia universal debemos recordar previamente cuál ha sido la atención que ha concedido ésta al nacimiento y desarrollo de las más antiguas civilizaciones del Viejo Mundo.

Los investigadores de la historia universal se han ocupado, de tiempo atrás, de lo que fueron, por vez primera, el paso a la alta cultura y la civilización en aquellos pocos ámbitos geográficos donde tal cosa sucedió de manera autónoma y en forma plena. Su atención se ha concentrado así en Egipto y Mesopotamia, en el valle del río Indo y en el del río Amarillo en China. En dichas regiones —con razón se nos dice— tuvieron lugar cambios radicales, aquello que hoy se conoce como “revolución urbana”, adoptando la terminología de Gordon Childe. De hecho, las transformaciones que fueron enraizándose en esos distintos ámbitos del Viejo Mundo implicaron la superación definitiva de los tiempos prehistóricos.

A partir del desarrollo de las más antiguas comunidades de agricultores y alfareros, los procesos de cambio trajeron consigo más complejas maneras de organización económica, social, religiosa y política. La tecnología se enriqueció también con nuevos recursos, entre ellos la domesticación de animales, la aplicación de la rueda, el trabajo del cobre. Unas veces por la necesidad de colaborar en empresas de interés mutuo —como sería el caso de los sistemas de irrigación— y otras como resultados de guerras o diversos contactos, varias de esas comunidades llegaron a tener vinculaciones permanentes. Fueron apareciendo así las primeras estructuras de carácter estatal. En el centro constituido en cabecera, comenzó a existir lo que hoy llamamos vida urbana. Se manifestó ésta en la planificación de las distintas edificaciones, templos, palacios, mercados, escuelas y habitaciones de sus distintos moradores. Surgió asimismo un arte, de proporciones antes desconocidas, en la escultura, la pintura y la elaboración de objetos suntuarios.

Todo esto ocurrió primeramente en Egipto y en Mesopotamia; más tarde también en los valles del Indo y del río Amarillo. Dentro de esos contextos geográficos hubo otros descubrimientos de enorme impor-



tancia: calendarios cada vez más precisos y formas de escritura, o sea del medio de preservar de modo seguro cuanto interesaba conocer o recordar:

Esta conjunción de cambios constituyó el paso a la alta cultura. A su vez, la aparición de metrópolis, y en general de ciudades propiamente dichas, marcó el inicio de lo que se ha llamado civilización. En el caso de Egipto y Mesopotamia tales transformaciones, alcanzadas allí desde el tercer milenio a. C., habrían de propagarse por el Mediterráneo hasta llegar a ser la raíz más antigua de la ulterior trayectoria de los pueblos del continente europeo. El florecimiento en el valle del Indo, hacia el segundo milenio a. C., fue, por su parte, antecedente de la evolución cultural de la India y de otras regiones adyacentes. El foco, un poco más tardío, que tuvo sus orígenes en el valle de Hoang Ho o río Amarillo, tuvo luego amplia difusión en lo que hoy es China y en diversas áreas del Asia que incluyen la península de Corea, el archipiélago japonés y otros lugares más. En última instancia, todas las naciones, estados, señoríos, reinos e imperios que posteriormente habrían de surgir en distintos lugares del Viejo Mundo —Asia, África y Europa— tomaron de los antiguos focos de alta cultura y civilización que hemos mencionado el impulso inicial que hizo posibles nuevas formas de desarrollo.

Ahora bien —y es aquí donde entra la cuestión que queremos plantearnos—, ¿cabe pensar que las transformaciones culturales alcanzadas en el México antiguo tienen a su vez un lugar y una significación específicas precisamente en términos de la misma historia universal? Obviamente la pregunta podría referirse no sólo al caso del México prehispánico, sino también al de las culturas indígenas del área andina en la América del Sur. Nuestro enfoque, sin embargo, se restringe aquí al ámbito que constituye el tema de nuestro estudio.

2. LOS TESTIMONIOS PARA INVESTIGAR LA REALIDAD CULTURAL DEL MÉXICO PREHISPÁNICO

Por una parte están los abundantes vestigios materiales que continúan descubriendo los arqueólogos¹ y, por otra, el rico caudal de fuentes genuinamente históricas: las inscripciones, los códices pictográficos,

¹ Un estudio de conjunto, apoyado en recientes investigaciones arqueológicas, lo ofrece: Román Piña Chan, *Una visión del México Prehispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.



los textos en lenguas indígenas, la recopilación de antiguas tradiciones e incluso las obras escritas por algunos conquistadores y por cronistas del siglo XVI.² Quien haya visitado zonas arqueológicas con restos de las ciudades y centros prehispánicos o haya contemplado en los museos ejemplos del arte, esculturas, pinturas, trabajos en metal precioso y en simple barro o que, al menos por lo que se ha publicado, tenga cierta noticia de las inscripciones y los antiguos textos históricos y literarios, aceptará que ese gran conjunto de creaciones ofrece base firme para investigar la evolución cultural del México antiguo. Sin hipérbole puede afirmarse que —fuera de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo— no hay otro contexto geográfico del que provenga un tan grande caudal de testimonios como en el caso de Mesoamérica. Esto es sobre todo válido respecto de la existencia de códices y textos, donde llegó a expresarse una auténtica conciencia histórica.³

Las investigaciones realizadas con adecuado método, desde hace ya varias décadas, han permitido establecer una secuencia que abarca varios milenios de cultura en Mesoamérica. Otro tanto puede decirse de los estudios que comienzan a revelar lo más sobresaliente del legado espiritual de estos pueblos, manifiesto en su arte, simbología, visión del mundo y literatura. Los conocimientos alcanzados han permitido a su vez descubrir nuevos problemas antes ni siquiera sospechados. De continuo se abren así otros caminos a la investigación, lo que implícitamente confirma la riqueza de sentidos inherentes a este ámbito donde de hecho llegó a florecer la alta cultura y la civilización.

3. ALGUNOS RIESGOS EN NUESTRO ACERCAMIENTO

Al plantearnos ahora el tema de la significación que cabe adjudicar al México antiguo en términos de la historia universal, reconocemos que, no obstante la abundancia de testimonios y fuentes, son muchos los peligros y obstáculos capaces de desviar nuestra búsqueda. Y no me refiero ya a las eventuales críticas de estudiosos para quienes las civilizaciones del Nuevo Mundo —la mesoamericana y la del área andi-

² Por lo que toca a la cultura náhuatl, sus textos literarios y de otra índole, así como testimonios de “misioneros etnógrafos”, véase: Ángel Ma. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-54. Sobre fuentes documentales mesoamericanas en general: Miguel León-Portilla, *Literaturas precolombinas de México*, Editorial Pormaca, 1964.

³ Acerca de este punto: Miguel León-Portilla, “La historia y los historiadores en el México antiguo”, *Memoria de El Colegio Nacional*, México, 1971, t. II, núm. 2, p. 147-164.

na— sólo merecen, a la luz de la historia universal, fugaz consideración dentro de los capítulos dedicados a los viajes y descubrimientos de fines de siglo XV y principios del XVI. Semejante actitud, manifiestamente etnocéntrica, implica en realidad que la única posible significación del México y Perú prehispánicos debe derivarse del hecho de que los europeos los hayan descubierto y a continuación conquistado. Corolario de tal postura —hoy anacrónica— ha sido la idea de considerar a la totalidad del Nuevo Mundo como tierra virgen y escenario de pueblos primitivos, en que a la postre tuvo que implantarse la cultura a imagen y semejanza de lo que habían sido las respectivas potencias colonizadoras.

Riesgo más sutil es el enfoque de otros investigadores empeñados en valorar las creaciones de estas culturas buscando, en todos los casos, semejanzas con lo que hoy conocemos de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo. Y no quiero fijarme precisamente en la proliferación de desacreditadas hipótesis y teorías fantásticas. Pienso en trabajos, muchas veces valiosos desde otros puntos de vista, en los que al estudiar la secuencia cultural del México antiguo o algunas de sus etapas e instituciones, se adopta un marco de referencia casi idéntico al empleado en otros tiempos y latitudes para analizar realidades culturales muy distintas. Y algo parecido podría decirse de los intentos de explicar procesos específicamente mesoamericanos con base en determinados sistemas de filosofía de la historia. Para dar un solo ejemplo, recordaré que se han aplicado así indiscriminadamente al caso del México antiguo los esquemas del método de la producción asiática y otras categorías derivadas de la dialéctica materialista de la historia.

La búsqueda de una posible significación de lo mesoamericano en función de la historia universal ha corrido, por todo esto, el riesgo de convertirse en problema que, aunque debe plantearse, difícilmente deja de ser campo de meras especulaciones.

Una pregunta queremos formularnos ante tal situación: ¿no es posible encaminar la búsqueda tratando de discernir lo que se presenta como característico de los procesos y creaciones prehispánicas, o sea aquello que, de un modo o de otro, ha individualizado esta realidad cultural? Si el caso particular del México prehispánico —alejado culturalmente en espacio y tiempo respecto del Viejo Mundo— puede tener un sentido diferente y específico en el contexto de la historia universal, éste tendrá que descubrirse atendiendo directamente a su particular trayectoria y a las características de las creaciones que a lo largo de ella se alcanzaron.

4. LO PECULIAR EN LA EVOLUCIÓN CULTURAL DEL MÉXICO PREHISPÁNICO

Comencemos por recordar algo de lo que se ha llamado su prehistoria. Un elemental acercamiento deja ver ya que este concepto básico adquiere aquí una connotación muy peculiar. En América, donde la presencia del hombre tiene probablemente una antigüedad de 30 ó 35 mil años, no es posible hablar en términos del larguísimo paleolítico de cientos de milenios, periodo durante el cual en el Viejo Mundo culminó la evolución de la especie humana. Los prehistoriadores hasta hoy sólo han encontrado en el continente americano vestigios y fósiles de individuos que tuvieron plenamente los atributos del *homo sapiens*. Cuantos hallazgos se han hecho dan testimonio acerca de los primeros grupos de cazadores y recolectores nómadas que, con escaso desarrollo cultural, habían penetrado por el estrecho de Behring y quizá asimismo provenientes, en mucho menor grado, de las islas meridionales del Pacífico. Específicamente en el área de Mesoamérica, el instrumental lítico u óseo y los restos humanos de mayor antigüedad que se han descubierto limitan aún más el ámbito temporal de lo prehistórico. El célebre “hombre o mujer de Tepexpan” vivió al parecer hacia los ocho mil años antes de Cristo.

Gracias a investigaciones efectuadas durante las últimas décadas, sabemos hoy algo más sobre la evolución cultural de estos primeros pobladores. Puede afirmarse que, por lo menos desde mediados del sexto milenio antes de Cristo, apareció en Mesoamérica una incipiente forma de domesticación de plantas: el maíz, la calabaza, el frijol y el chile. Con base en el método del carbono 14, pudo asignar tal antigüedad Richard S. MacNeish a los hallazgos que hizo en el suroeste de Tamaulipas y después en la cueva de Coxcatlán, municipio de Tehuacán, en Puebla.⁴

Querer aplicar en este punto los conceptos propios de la prehistoria, concebida al modo clásico, daría lugar a una serie de paradojas. Comparar el proceso que entonces se inició en Mesoamérica con lo que, a partir igualmente de las primeras formas de cultivo, ocurrió en el Viejo Mundo, lleva a percibir, en vez de semejanzas, grandes diferencias. Es cierto que cuando en algunas comunidades del México pre-

⁴ Richard S. MacNeish, “The food gathering and incipient agriculture stage in prehistoria Middle América”, *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas, Press, 1964, v. I, p. 413-426.



colombino, aparecen las actividades agrícolas, paulatinamente se va enriqueciendo su cultura y se desarrollan técnicas como la cestería, la cerámica y los tejidos. Pero, en cambio, hay aquí total ausencia de muchos de los descubrimientos que se generalizaron entre los primeros pueblos agrícolas del Viejo Mundo. En Mesoamérica nunca se empleó utilitariamente la rueda. La alfarería, por consiguiente, se produjo siempre por obra de las solas manos. Tampoco hubo molinos de especie alguna, y en su lugar se tuvo, como utensilio doméstico que hasta hoy perdura, el tradicional metate. No se conocieron otros telares que los que fijaban a su cintura los tejedores. Por lo que a la misma agricultura se refiere, el hombre prehispánico jamás llegó a emplear otro instrumento que la “coa”, el largo trozo de madera aguzado y endurecido al fuego. Y completando el elenco de las diferencias, que en este caso son limitaciones, en el México antiguo la domesticación de animales fue prácticamente nula. La razón es obvia, ya que no había equinos, ni bovinos, ni lanares. Sólo los perrillos, como acompañantes en la vida y más allá de la muerte, fueron excepción. La única fuerza de trabajo hubo de ser necesariamente la de los propios seres humanos. Y en la explotación de otros recursos, particularmente los metales, tampoco se llegó muy lejos. De hecho, jamás se trabajaron en Mesoamérica el bronce y el hierro. La conclusión que de todo esto podía sacar el prehistoriador, habituado a pensar en función de los esquemas clásicos del Viejo Mundo, era que estos pueblos, que nunca llegaron a disponer de un más elaborado instrumental ni desarrollaron técnicas esencialmente superiores, permanecieron estancados en una muy incipiente forma de desarrollo cultural.

5. EL PASO A LA ALTA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN (1ER. MILENIO A. C.)

Pero las investigaciones arqueológicas sobre la ulterior secuencia cultural de Mesoamérica, contrariando la aplicación de los esquemas, obligan a plantear nuevas cuestiones. Los mesoamericanos, tan menesterosos desde el punto de vista de su instrumental técnico, dieron principio, hacia fines del segundo milenio antes de Cristo, a lo que llegaría a ser, rigurosamente hablando, una civilización. Ignacio Bernal, en su libro sobre los olmecas, ha hecho un análisis de las transformaciones que entonces comenzaron a ocurrir.⁵ A lo largo de las costas del

⁵ Ignacio Bernal, *El mundo olmeca*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1968. Véanse especialmente p. 17-166.

Golfo de México, en los límites de los actuales estados de Veracruz y Tabasco, aparecen los primeros centros ceremoniales y en ellos las más antiguas formas de un arte que nadie puede llamar primitivo. Las grandes esculturas en basalto, los refinados trabajos en jade y el preciosismo en la cerámica de los olmecas, juntamente con los recintos ceremoniales, dan testimonio de cambios radicales. Asimismo surgen nuevas formas de organización social, religiosa, política y económica. En lugares como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes y otros más en esta área, existen ya diversas formas de especialización en el trabajo y en otra suerte de actividades. Hay sacerdotes y sabios, guerreros, agricultores, artesanos y artistas. También allí tiene lugar un descubrimiento que habrá de ser esencial en la ulterior trayectoria de Mesoamérica: en el mundo olmeca, y verosímilmente en el primer milenio antes de Cristo, nace el calendario y con él los primeros vestigios de escritura.

Los núcleos originales de esta cultura, quizá a través del comercio, de conquistas o de otra clase de contactos, difundieron sus creaciones por muchos lugares del México antiguo. Hoy sabemos que su influencia se dejó sentir en la región del altiplano, en el área del Pacífico y también en Oaxaca e igualmente en lo que llegaría a ser el mundo maya y todavía más lejos. La presencia de los olmecas, que coexistieron en el tiempo con otros grupos mesoamericanos con mucho más precario desenvolvimiento, confiere nuevo sentido al que los arqueólogos designan como periodo preclásico, ya que es entonces cuando en esta parte del continente se inició definitivamente el proceso que culminó en una civilización. Así, los que por sus limitaciones técnicas —según los esquemas aplicados en el caso del Viejo Mundo— debían ser situados en un incipiente neolítico, aparecen, gracias al análisis de lo que realmente fueron, dentro del plano de una peculiar forma de alta cultura.

6. CARACTERÍSTICAS DEL ESPLENDOR CLÁSICO MESOAMERICANO (I-IX D. C.)

Siglos después, desde poco antes de la era cristiana, el surgimiento de Teotihuacan en el altiplano central, el nuevo esplendor de Monte Albán y otros sitios en Oaxaca e igualmente, en el área maya, la proliferación de centros religiosos y urbanos, son precisamente consecuencia de la implantación de una cultura superior. Los teotihuacanos, los zapotecas y los mayas, para sólo mencionar a los grupos más conocidos, fueron tributarios culturalmente de la herencia olmeca. Sus creaciones revelan la personalidad propia de cada uno, pero, a su vez,

dejan entrever la influencia recibida en común de la que ha sido llamada cultura madre.

Por lo que toca a Teotihuacan, recientes investigaciones muestran que el gran centro ceremonial llegó a convertirse en una enorme metrópoli. Al lado de las pirámides y adoratorios se edificaron también, siguiendo admirable concepción urbanística, un gran número de palacios y residencias, escuelas para sacerdotes y sabios, almacenes y mercados. La grandiosidad de la traza teotihuacana, con multitud de espacios abiertos, calzadas y plazas, se vuelve hoy patente mirando los planos de Teotihuacan que gracias a la arqueología han podido elaborarse.⁶ De hecho, esa ciudad, donde según los mitos había ocurrido la transformación de los dioses, fue paradigma no superado en el que habrían de inspirarse los futuros pobladores de la región del altiplano. Y otro tanto podría decirse respecto de su arte: pintura, murales, esculturas, bajorrelieves y cerámica de formas muy distintas pero siempre refinadas. La antigua visión del mundo y las creencias y prácticas religiosas habían de ejercer gran influencia en las culturas de otros grupos de la altiplanicie y de fuera de ella.

Un proceso semejante se desarrolló en Monte Albán, donde desde algún tiempo antes de los comienzos de la era cristiana se conoció el arte de las inscripciones y de las medidas del tiempo. La secuencia de las culturas de Oaxaca, sobre todo la zapoteca y la mixteca, constituye otra variante en la asimilación de la antigua herencia olmeca enriquecida por pueblos que hasta los días de la Conquista se mantuvieron en el contexto de la alta cultura. Finalmente, los mayas, mejor tal vez que cualquier otro grupo en Mesoamérica, aparecen como testimonio viviente de lo que, estudiado a base de categorías procedentes de afuera, resulta paradójico. Recordemos el florecimiento de centros tan importantes como los de Tikal, Uaxactún, Yaxchilán, Palenque, Copán y otros muchos más. Quienes tampoco superaron la mencionada serie de limitaciones técnicas, alcanzaron en cambio a producir un arte extraordinario y asimismo sistemas calendáricos de precisión inverosímil.

Casi seguramente desde los tiempos olmecas se asignaba ya un valor a los números en función de su posición. Esto llevó a concebir un concepto y un símbolo de completamiento muy semejante a lo que entendemos por cero. Las cuentas de los días, de los años y de otros grandes periodos, que por obra de los sabios mayas se perfeccionaron

⁶ René Millon, "Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes periodos: un cálculo provisional", *XI Mesa Redonda, Teotihuacan*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1966, p. 57-78.

cada vez más, dejan ver cómo el cero y el valor de los números por su colocación fueron elementos de constante uso en los cómputos. Los resultados de las observaciones de los astros, las complejas anotaciones calendáricas, y mucho más que no ha podido descifrarse, quedó en las inscripciones, sobre todo en las estelas de piedra. Precisamente la lectura de algunas de éstas ha permitido afirmar que los mayas lograron un acercamiento al año astronómico, superior, en un diezmilésimo, al que tiene el año gregoriano.

La civilización mesoamericana se expandió, durante este periodo llamado clásico, hasta apartadas regiones que sólo habían habitado antes comunidades de incipientes agricultores y alfareros. Un universo de símbolos, en el que quedaron reflejados los mitos y las creencias religiosas, denota profunda afinidad cultural, a pesar de las variantes, dentro de una vasta área.

7. EL PERIODO POSTCLÁSICO A PARTIR DEL SIGLO X

La decadencia que sobreviene entre los siglos octavo y noveno, con el abandono de muchos de los centros y ciudades, plantea problemas que tampoco pueden esclarecerse sobre la base de criterios y esquemas tomados de otros contextos culturales. Sabemos al menos que la declinación del antiguo florecimiento no significó la muerte de la civilización en Mesoamérica. El reacomodo de pueblos y la penetración por el norte de tribus con precarias formas de vida, hacen entrever un dinamismo que sólo en parte ha comenzado a valorarse. Lugares como Cholula y Xochicalco y después Tula, la metrópoli de Quetzalcóatl, confirman que sobrevivió mucho del antiguo legado. Y otro tanto puede decirse de lo que ocurrió en sitios como El Tajín o por el rumbo de Oaxaca, sin excluir a Monte Albán, e igualmente en el área maya, donde perduraron centros importantes como Chichén Itzá y Uxmal, entre los más célebres de Yucatán. En esta época comienza a trabajarse el oro, la plata y, en reducida escala, el cobre. Estas técnicas se adquieren como resultado de una lenta difusión originada al parecer en el ámbito andino y de las costas de América del Sur.

De manera especial debe destacarse aquí el florecimiento de los toltecas, que marcó una renovación cultural en Mesoamérica. A ellos se debió la ulterior difusión de múltiples elementos e instituciones heredadas del periodo clásico, entre otras, cosas el culto al dios Quetzalcóatl. En Tula, según los relatos indígenas, vivió y actuó el célebre sacerdote y gobernante, especie de héroe cultural, cuyo nombre fue asimismo

Quetzalcóatl. A él se atribuyen la invención de muchas de las artes de los toltecas, la edificación de grandes palacios y templos, así como la formulación de una doctrina teológica acerca del dios supremo, identificado en algunos textos con la deidad Quetzalcóatl, y concebido como un principio dual, masculino y femenino a la vez, que engendra y concibe todo cuanto existe.

Son ya abundantes los testimonios que permiten conocer algo del pensamiento, las prácticas religiosas y la historia a lo largo de esta nueva etapa en la evolución del México antiguo. Gracias a los hallazgos arqueológicos, y también a los códices y textos en lenguas indígenas de épocas posteriores, pero que hacen referencia a sucesos ocurridos varios siglos antes, es posible estudiar las formas de gobierno y la organización social y religiosa que entonces existieron. Recordemos, por ejemplo, códices como los seis que integran el llamado “grupo Borgia”, asimismo los otros siete de procedencia mixteca y de tema histórico, sin olvidar los tres importantes manuscritos de origen maya prehispánico. Puede citarse también la información que proporcionan crónicas en náhuatl, como la *Historia tolteca-chichimeca*, los *Anales de Cuauhtitlán* y los *Anales de la Nación mexicana*. Entre los documentos, en varios idiomas de la familia mayanese, están los libros de *Chilam Balam* el *Popol Vuh*, los *Anales de los Cakchiqueles* y otros varios más. En el caso de los mixtecos de Oaxaca, como lo comprobó Alfonso Caso en la reciente investigación que concluyó poco antes de su muerte, es posible conocer, a través del desciframiento de los códices, las genealogías y biografías de varios centenares de figuras prominentes, a partir del siglo VII de nuestra era.

A lo largo del periodo que nos ocupa fueron más intensos y frecuentes los contactos entre las diversas zonas de desarrollo cultural en Mesoamérica. Entre otras cosas la arqueología nos deja percibir no pocos elementos del altiplano que se difundieron en lo que hoy es Guatemala y asimismo en Yucatán, con huellas tan obvias como el “Templo de los guerreros” en Chichén Itzá, tan semejantes al de *Tlahuizcalpan-tecuhtli*, “el Señor de la aurora”, en Tula. El comercio y las guerras de conquista son instituciones que alcanzaron cada vez mayor importancia.

La decadencia de Tula y su definitivo abandono hacia mediados del siglo XI d. C., abrieron las puertas a un nuevo proceso, plenamente documentable, de fusión y asimilación culturales de otros grupos procedentes del norte, como los célebres chichimecas de Xólotl.⁷ Se ini-

⁷ Miguel León-Portilla, “El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, v. VIII, p. 59-86.

ció así, en el Valle de México y en otros lugares del ámbito mesoamericano, una nueva etapa cultural, dentro ya de la cual hizo su aparición, en el siglo XIII d. C., el pueblo mexica que a la postre se convirtió en amo y señor de buena parte del México antiguo.

8. DINAMISMO Y PARADOJAS CULTURALES DE LA NACIÓN MEXICA

En el ulterior reajuste, que inevitablemente se produjo, fue destino de los mexicas determinar más que nadie la postrer fisonomía que tuvieron la alta cultura y la civilización nativas de Mesoamérica. Los viejos mitos resonaron otra vez pero expresados en términos de la visión azteca del mundo. Una decidida voluntad de conquista llevó a los mexicas a extender sus dominios por diversas regiones, desde el Golfo hasta el Pacífico y por las tierras del sur. El idioma náhuatl fue entonces *lingua franca* en Mesoamérica. Con una herencia de más de dos mil años de evolución cultural, el pensamiento y la literatura nahuas habrían de escapar al olvido y llegarían a ser objeto de estudio en los códices y textos que hasta hoy se conservan en bibliotecas de América y de Europa. En esa rica documentación hay anales históricos, ordenamientos rituales y tradiciones religiosas, pláticas de los ancianos y —dando testimonio de elevado refinamiento espiritual— una rica poesía en la que se hizo presente cuanto puede preocupar al hombre en la tierra.

A través de esas fuentes y de los descubrimientos de la arqueología es posible comprender el sentido que dieron a su vida los mexicas y otros pueblos, sin excluir las prácticas y ritos que, como los sacrificios humanos, nos, resultan hoy tan sombríos. Así, se hacen patentes de nuevo el dinamismo, las tensiones y paradojas que caracterizan la trayectoria cultural de Mesoamérica. Por una parte están los *tlamatinime*, los sabios que cultivaban la poesía y se planteaban problemas sobre la divinidad y el hombre y, por otra, los guerreros, que para mantener la vida del sol hacían conquistas y ofrecían el agua preciosa y el corazón de sus víctimas.

Hemos recordado únicamente algunos de los momentos mejor conocidos en la secuencia cultural del México antiguo. En vez de buscar semejanzas con otros contextos de cultura, nos ha interesado señalar circunstancias y rasgos que parecen característicos y propios de la realidad mesoamericana. Con antecedentes prehistóricos, relativamente limitados en el caso del Nuevo Mundo, los primeros pobladores desarrollaron aquí, en aislamiento, su propia cultura. Si algún contacto hubo con el exterior, éste debió de haber sido transitorio y accidental,



ya que no dejó vestigios que hayan podido comprobarse. Una serie de peculiaridades a veces paradójicas muestra, en cambio, las radicales diferencias de los procesos que aquí ocurrieron. Por lo menos desde el primer milenio antes de Cristo, cuando nació entre los olmecas la alta cultura, sus múltiples creaciones en el campo del espíritu se lograron sin que hubieran desaparecido las impresionantes limitaciones materiales y técnicas. Repetiremos que nunca se empleó utilitariamente la rueda, ni se pasó a la llamada edad de los metales, ni pudo disponerse de bestias domesticables, ni se llegó a tener mejor instrumental que el hecho de piedra, pedernal y madera. Y si embargo proliferaron los centros ceremoniales y urbanos. La organización social, política y religiosa se tornó compleja. Lo que hoy llamamos su arte adquirió grandes proporciones en la arquitectura, en los murales y esculturas, y aun en el barro alcanzó preciosismo. Finalmente se registraron las medidas del tiempo, apareció la escritura en las inscripciones y en los códices y se hizo posible la preservación definitiva del testimonio histórico.

9. EL ROSTRO DISTINTO DE LA CIVILIZACIÓN MESOAMERICANA

La individualidad esencial de este mundo de cultura parece derivarse del hecho de que aquí dinámicamente se integraron instituciones y creaciones que son atributo de una alta cultura ya urbana, con un instrumental y con recursos técnicos que nunca dejaron de ser precarios. Y nos parece llegado el momento de hacer comparaciones. Pensemos en aquellos otros contextos donde de manera autónoma se había dado antes el paso decisivo de crear una civilización. En Egipto y Mesopotamia, en el valle del Indo, en las márgenes del río Amarillo en China, el desarrollo cultural supuso siempre radical transformación en las técnicas, empleo constante de la rueda, elaboración de instrumentos de bronce y de hierro; en una palabra, nuevos medios para aprovechar cada vez mejor las potencialidades naturales. Diferente manera de comparación puede hacerse también con lo que sucedió en la otra zona nuclear fuera del Viejo Mundo, donde asimismo floreció una alta cultura: el caso de los pueblos andinos en la América del Sur. Su realidad cultural, aunque semejante en muchos aspectos a la de Mesoamérica, alcanzó mayor desarrollo en algunas de sus técnicas, pero jamás llegó a la invención de la escritura.

El solo enunciado de estas comparaciones permite afirmar que la evolución del México antiguo siguió caminos distintos de los que recorrieron en otros tiempos y latitudes, los pocos pueblos que autóno-

mamente llegaron a la alta cultura y la civilización. De hecho, fuera del ámbito del Viejo Mundo, el caso de Mesoamérica se presenta como el del único núcleo que, en su aislamiento de milenios, también por obra de sí mismo, desarrolló una civilización con escritura y con historia. Sólo liberados del afán de aplicar criterios y esquemas que fueron pertinentes en ámbitos muy distintos, y analizado la peculiaridad esencial mesoamericana, llegaremos a percibir la significación que puede tener ésta dentro de la historia universal.

En el México antiguo se hizo realidad una muy diferente hipótesis: lo que ocurrió a los humanos cuando, en un medio distinto y básicamente aislado, superaron de nuevo el primitivismo y la barbarie. Para el filósofo de la historia, y para cuantos se interesan por conocer la trayectoria del hombre como creador de instituciones y de diversas formas de arte y pensamiento, el pasado precolombino de México surge como experiencia de atractivo excepcional. Su lugar en la historia universal no puede ya circunscribirse a una anacrónica mención en el capítulo sobre los viajes y descubrimientos en los siglos XV y XVI. La civilización mesoamericana, aunque alejada en el tiempo y en el espacio, de las altas culturas del Viejo Mundo, se sitúa por propio derecho al lado de ellas como el otro único caso de pueblos que, con múltiples limitaciones técnicas, desarrollaron auténticas formas de vida urbana, tuvieron un arte excepcional y conocieron los medios para preservar, en inscripciones y códices, el testimonio de su pasado de milenios.

Por vía de conclusión recordaré un viejo mito del mundo náhuatl que precisamente habla de una reinvención de la cultura, acontecimiento que se sitúa en tiempos remotos, anteriores incluso al florecimiento de Teotihuacan. Las palabras del mito describen la presencia y actuación de un grupo de sabios, dueños ya de la escritura, el calendario y extraordinarias creaciones artísticas. Esos hombres sabios vivían cerca de las costas del Golfo, por cierto no muy lejos de lo que hoy, gracias a la arqueología, conocemos como área influida por la cultura olmeca. Según el antiguo relato, entre esas gentes sucedió algo imprevisto: los sabios poseedores de “la tinta negra y roja”, es decir los códices o libros de pinturas, recibieron de su dios la orden de abandonar a su pueblo.

Y allí estaban los sabedores de cosas,
los llamados poseedores de códices.
Pero éstos no permanecieron mucho tiempo,
los sabios luego se fueron...
Dicen que les venía hablando su dios...



Y cuando se fueron,
se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol,
se llevaron la tinta negra y roja,
los libros de pinturas,
se llevaron la sabiduría,
todo lo tomaron consigo,
los libros de cantos
y la música de las flautas...⁸

La relación indígena presenta entonces el cuadro, de verdad dramático, de quienes ven partir a los poseedores de los libros y las artes y se sienten privados de la antigua sabiduría. Ha aflorado la conciencia de lo que significa para el existir humano la cultura. El mito nos conserva el clamar de quienes ven en la partida de los sabios la pérdida de la luz que guiaba su existencia en la tierra:

¿Brillará el sol, amanecerá?
¿Cómo irán, cómo se establecerán los macehuales [el pueblo]?
Porque se ha ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja [los códices]
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá de partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?⁹

Pero en medio de la confusión reinante se advirtió que habían quedado cuatro viejos sabios. A instancias del pueblo, los viejos se reunieron, y tras largo deliberar pudieron volver hacer suya la antigua sabiduría, las medidas del tiempo y el recuerdo del pasado:

⁸ *Códice Matritense de la Real Academia*, f. 191v. y 192r.

⁹ *Loc. Cit.*



Entonces inventaron la cuenta de los destinos,
los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado,
y como se ha seguido
el tiempo que duró
el señorío de los toltecas,
el señorío de los tepanecas,
el señorío de los mexicas
y todos los señoríos chichimecas.¹⁰

El viejo mito es la pintura de los empeños de un pueblo con conciencia de la historia. El saber calendárico, el contenido de los códices y el conjunto de las artes —meollo mismo de la alta cultura— eran el hachón que iluminaba la significación de las cosas y el transcurrir de los tiempos.

Lo que hoy conocemos de la civilización mesoamericana debe ser renovada invitación a penetrar en el sentido que dieron a su vida y pensamiento los pueblos prehispánicos. Como florecimiento con grandes limitaciones técnicas y trayectoria diferente, el México antiguo, no a pesar de esto sino precisamente por todo ello, se presenta como un capítulo antes olvidado en la historia universal. Su rostro distinto en rigor debe situarse al lado de aquellos que igualmente propiciaron el nacimiento de las otras civilizaciones clásicas. Cuanto ocurrió en Egipto y Mesopotamia, en los valles del Indo y del río Amarillo, en México y el Perú prehispánicos, es en verdad antecedente y herencia de la humanidad entera.

¹⁰ *Ibid.*, f. 192v.